



SECRETOS EN LA ORILLA

La boyita flotaba, zonzaba en la orilla. Damián Menda ya no atendía los asuntos del pique, simplemente seguía el puente tembloroso de luces blanquecinas que se estrellaban contra el río y destapaban el lomo oscuro del agua. El resto, todo, lo tragaba la oscuridad. Desaparecía.

A eso había ido, a buscar en la noche un lugar cómodo sus rincones más silenciosos donde estirar las piernas y las penas. Era una forma de salir del mundo por un rato: abrir de un tajo la panza de la oscuridad, entrar con cuidado y cerrarlo otra vez para no recibir visitas. Adelante solamente un vacío mentiroso y cálido, un racimo de papeles metálicos desparramados por el techo y un agujero misterioso y brillante con una luna.

No había gritos, no había ruidos, nada más se oía la respiración del río agitado golpeando contra el paredón del puerto.

-Pibe, che pibe, vení dame una mano.

Lo escuchó primero como un murmullo lejano, parecía una ilusión tramposa del silencio.

-Pibe, ey... pibe vení ayudame.




Damián Menda miró para sus costados y para atrás, no había nadie. Recién vio una figura entre las sombras cuando se fijó debajo de sus pies que colgaban en el vacío. Abajo y a su izquierda, sin caña ni balde, un viejo intentaba subir el primer escalón para llegar a la vereda. Cuando lo descubrió, el tipo lo miró sonriendo aliviado. Se apuró a bajar y ofreció su brazo izquierdo de sostén.

- No me pasa siempre, pero por ahí se me pone como tiesa, viste, no arranca la desgraciada. Es acá, en la rodilla, ya tuve dos operaciones y me quedo jodida, dijo el viejo, mientras trepaba con cuidado el segundo escalón.

Lo primero que se le ocurrió preguntar al pibe era qué carajo estaba haciendo ahí, un domingo a la madrugada, en la orilla, un viejo que ni siquiera podía subir unos cuantos escalones. Sin embargo, la pregunta que intentó fue mucho más cortés.

- ¿Y qué le pasó en la...?
- ¿Qué me pasó? -interrumpió el viejo- el asesino de Lardín me pasó, como un cuchillo filoso que te corta los tendones... me esperó, me esperó y después me partió al medio. Yo también... dos caños le había metido en el primer tiempo. ¿Vos sabés que senti el ruido a roto? Viste cuando parece que escuchás que se suelta o se rompe algo, bueno así. Igual, antes de salir patié el penal tragándome los mocos...

Cuando llegaron a la vereda, el viejo se quedó en silencio mirando la oscuridad como si fuera una pantalla que proyectaba algo. El pelo



baboso y blanco se le volvía loco con el viento, los ojos tampoco se movían con lógica, parecían dos bolas azules despistadas.

- ¿Y lo hizo?

- ¿Qué hice?

- El penal, si lo hizo digo.

- Claro, m´hijo, ¿cuándo erró un penal Modesto Soria? Jamás erré un penal.

El viejo metió la mano en uno de los bolsillos y sacó un atado de puchos húmedos y aplastados. Se colgó uno en la boca, lo encendió y aspiró profundo. Ya había cambiado de posición el cuerpo que minutos antes parecía tan frágil. Estaba erguido y con la cabeza levemente inclinada hacia un costado. Simplemente largaba el humo en bollitos grisáceos.

-Yo jugué en Buenos Aires, en Racing jugué. ¿No escuchaste nunca hablar de Soria?

El pibe hizo un gesto negando nomás.

- Bueno... sos muy chico, claro -dijo sin disimular la decepción-
pregúntale a tu padre por Modesto Soria.


El viejo le dio una seca más al cigarro y lo tiró lejos. Damián Menda pensó que la charla había terminado, pensó que de un momento a otro el tipo se iba.

-¿Y vos no jugás a la pelota?

- Sí, sí, de nueve, en San Martín juego -contestó el pibe.

- ¿Y cómo andas?

Lo primero que se le ocurrió fue decir "para la mierda", pero respondió:



- Más o menos -igual, después sangró por la herida abierta- Hoy a la tarde perdimos la final. Estábamos uno a cero abajo y erré un penal a los 30 del segundo tiempo- confesó.

El viejo miró a un costado y empezó a hacer un ruido bajito que en dos segundos se transformó en carcajada. Damián Menda agachó la cabeza, tal vez juntaba bronca para rajarle una puteada.

-Pará... pará no pongas esa cara che... me acordé de algo, por eso me reía.


- Sí, sí seguro -respondió el pibe con el insulto y listo en la lengua.

- No te pongas así. Mirá, yo pateaba siempre penales. Sabés la cantidad de veces que la mandé afuera o se la regalé al arquero...

- El viejo le había apoyado una mano en el hombro y en cierto modo lo consolaba.

- Si me dijo que Modesto Soria siempre metía los penales -dijo Damián Menda con la voz arrugada por la tristeza.

- Es una manera de decir. La mayoría de las veces sí la metía, pero todos erran penales alguna vez. Pelé erró penales, Distéfano, todos alguna vez le pegaron mal o el arquero les adivinó la intención o se lo atajaron de prepo. El tema es no achicarse, no te podés poner así por errar un penal.




El viejo le dio una palmadita en la espalda y volvió a mirar la noche como si fuera una pantalla de cine. En algún momento se le habían borrado las arrugas o tal vez en la oscuridad no se le veían los pliegues de carne cansada.

- ¿Sabés cómo dejé de jugar al fútbol?- dijo.

- Bueno, escuchá esta. Yo había terminado el campeonato en Buenos Aires y vine a pasar unas vacaciones acá. Y como en el club de mi barrio me pidieron que juegue los partidos finales del torneo local, los jugué. Llegamos a la final. La cancha estaba llena y muchos me iban a ver jugar porque yo era el que venía de Buenos Aires, el más conocido, digamos. El partido estaba cero a cero, peleado, viste, muy parejo. No va que entró al área gambeteando y zas, penal. Enseguida me tiraron el fardo a mí. Y yo, que estaba agrandado porque venía de Buenos Aires y le hacía goles a todos, agarré enseguida. Le pegué fuerte y a la izquierda. Tan fuerte le pegué, que después de reventar contra el palo, al bolo lo agarró el cinco rival y salió disparando para armar el contraataque que terminó en gol de los otros. ¡Vos no sabés todo lo que me gritaban!, la hinchada nuestra más que nada, y los rivales me gastaban fiero. Desde ese día no quise saber más nada con el fútbol, ni con nada... con nada...

Al viejo se le fue apagando la voz como un fuego que se muere entre las cenizas. Incluso Damián Menda pudo ver como las arrugas le trepaban otra vez por el cuello y el mentón. Se le nublaron los ojos. Fue un segundo hasta que dijo.



-¿Sabés qué me dio más bronca? Que me enteré tarde cuál es el secreto para no errar penales.

-¿Qué secreto? -dijo Damián Menda- patear fuerte y abajo, fuerte y al medio, arriba, no hay secretos para eso.

El viejo lo miró con gesto comprensivo, como un maestro o un padre. Sonriendo le dijo:

-No se trata de eso pibe, no es una fórmula, no es nada de eso, es la única manera que existe para no errar jamás un penal.

El pibe iba a replicar otra cosa, pensaba decirle que no existía tal cosa, pero se moría de ganas por conocer ese secreto, ese misterio.

-¿Querés saber cuál es el secreto, o no?

Damián Menda intentó disimular el interés, pero las ganas se le salían por los ojos y la boca. Igual no dijo más que “y bueno, cuente”.

-Esperame acá un segundo, pero un segundo nomás, mirá que a esto no lo sabe nadie -dijo el viejo. Después caminó diez o doce pasos y se metió detrás de un árbol. Pasaron diez minutos, quince y no regresó. Ya no estaba detrás del árbol, se había perdido entre las sombras.

Así cuenta Damián Menda todavía hoy su encuentro con Modesto Soria, el delantero del Juniors que desapareció para siempre después de aquel partido en el que falló un penal ante su gente.

La historia revela más que eso. Dice que Soria se disputaba el amor de una muchacha con el arquero que ese día tuvo la suerte y el poste de su lado. Pero eso fueron solo versiones, como los distintos finales que le adjudicaron.

Lo que se discute seguido es el motivo de las apariciones del delantero: algunos dicen que se les presenta a quienes tuvieron la desgracia de errar un penal, para consolarlos. Otros, como por ejemplo los amigos de Damián Menda, aseguran que Modesto Soria sabe el secreto para no volver a errar un penal jamás. Estos últimos sospechan que Damián Menda conoce ese misterio y no quiere o no puede revelarlo, y que es por eso que jamás volvió a fallar un penal desde aquella vez.

